

La autoridad de Rajoy

LA VANGUARDIA, Editorial, 4.11.09

UNA expectación enorme rodeó ayer la reunión del comité ejecutivo del Partido Popular. No era para menos. Mariano Rajoy había tenido que gastar muchas energías para resolver conflictos internos. Esta vez, los factores de división eran dos. Por una parte, el conato de rebelión de Ricardo Costa, protagonista anecdótico del caso Gürtel y, hasta hace poco, secretario general del partido en Valencia, al que Rajoy obligó a sustituir definitivamente, encargo para el que Francisco Camps ha designado a Antonio Clemente. Diríase que el PP valenciano empieza a admitir los fallos de su estructura y se pone, una vez más, en manos del incombustible Rafael Blasco.

Mucho más complicada era, por otra parte, la enésima batalla interna planteada en la capital. Esperanza Aguirre, en su lucha por el control de Caja Madrid, desató de nuevo los demonios familiares del PP al defender la candidatura de su fiel segundo, Ignacio González. El fragor de esta batalla ha sido muy intenso y ha contado con el protagonismo mediático de Manuel Cobo, fiel segundo de Alberto Ruiz-Gallardón, que verbalizó gravísimas acusaciones contra el sector aguirrista, que a su vez respondió con fuego no menos vistoso. Al margen de la pólvora gastada por los dos bandos en esta descarnada batalla, la imagen que ha proyectado el PP es deplorable: la lucha por el poder de una institución financiera tan importante es un espectáculo demasiado obsceno en este momento de crisis económica, cuando muchos ciudadanos y no pocos empresarios sufren problemas de restricción del crédito.

Las duras palabras y acusaciones que los dos bandos del PP de Madrid se han cruzado han agrandado las diferencias (reforzadas por el tacticismo socialista, que apoyó primero las cartas de Aguirre en Caja Madrid para después apoyar la solución de Rodrigo Rato) y han erosionado una vez más el liderazgo de Rajoy.

Ante la gravedad de las fuerzas negativas desatadas, el líder del PP, después de resolver la crisis de Caja Madrid con una nueva demostración de control del tiempo, realizó ayer un gesto inédito, impropio de su talante tranquilo y conciliador: pegó un sonoro puñetazo sobre la mesa. Recordando sus atribuciones como presidente del partido, ha insinuado que quien se mueva no saldrá más en la foto (eso es, no aparecerá en las próximas listas electorales). Falta, naturalmente, la confirmación del puñetazo, que ya se realizó en Valencia, con la caída de Ricardo Costa. Tal confirmación tendrá lugar hoy en la comisión del garantías del PP: Manuel Cobo, el gallardonista, será severamente expedientado (su intervención de ayer en el comité ejecutivo causó muy mala impresión entre sus compañeros, pues, en lugar de cerrar heridas, las reabrió). Pero la prueba del nueve de la autoridad de Rajoy será su respuesta al gesto de desprecio de Esperanza Aguirre, que ayer, no asistiendo a la importante reunión, le ninguneó. Una vez más, Aguirre tensó la cuerda y deja al presidente de su partido en situación delicada. La autoridad de Rajoy pende del hilo de Aguirre, que no parece muy dispuesta a abandonar su envite.

El último sondeo del CIS evidenció que las expectativas electorales del PP son muy altas, pues no parece acusar el escándalo Gürtel. Pero Mariano Rajoy sabe, y así lo expresó ayer, que un partido que no puede

governarse a sí mismo, difícilmente recibirá el encargo de gobernar a los españoles.